

---

## SOBRE JESÚS RESUCITADO

Marcel Légaut - Thérèse De Scott

**T. S.** <sup>(1)</sup>. En sus escritos de estos cinco o seis últimos años usted vuelve a retomar, de forma más meditada e insistente, su obra principal *El cumplimiento humano*, cuyo tema es una interrogación radical sobre la naturaleza y experiencia espiritual de la fe en Jesús de Nazaret y, por tanto, sobre lo que en el cristianismo se llama «el misterio de la salvación». Por eso me ha llamado poderosamente la atención el lugar tan reducido que usted concede, en el conjunto de su obra, a la experiencia que los primeros discípulos tuvieron de «Jesús resucitado» <sup>(2)</sup>.

**M. L.** Su observación, que también es una crítica, es fundada. Como cristiano del siglo XX, he sentido la necesidad de decir, en mis libros, cómo me esforzaba –a medida que esto me venía y me iba siendo dado, y a partir de las tradiciones de mi Iglesia– por progresar de alguna manera en la comprensión en profundidad de lo que Jesús vivió. Para ello, también me ayudó lo que pude conocer de la condición humana gracias al progreso de las ciencias y al conocimiento de mi propia humanidad al hilo de mi profundización espiritual. ¿No es esta vida humana de Jesús lo que está en el origen de todo lo que el cristianismo ha desarrollado desde hace veinte siglos? Si se quiere pensar realmente la propia fe con honestidad intelectual y responder a ella con la autenticidad de la propia conducta, ¿cómo no poner la inteligencia de la vida humana de Jesús en el corazón mismo de la propia búsqueda? Si el cristianismo quiere estar vivo de verdad y ser vivificador, ya no puede limitarse

---

<sup>(1)</sup> Este texto está tomado de: Thérèse De Scott, *Devenir disciple*, París-Gembloux, Éd. Duculot, 1988, p. 155-166.

<sup>(2)</sup> Légaut habló sobre la Resurrección y las apariciones en *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Madrid, AML, 1999, p. 69-77.

a no ser más que la afirmación de una doctrina y la observancia de una ley.

He de reconocer que la importancia que yo doy, en mi vida de fe, a lo que Jesús vivió como hombre no es común entre los cristianos. Por lo general, su religión se centra, principalmente, en Cristo, persona divina según la doctrina tradicional que, a su vez, se ha inspirado, de forma capital y casi exclusiva, en la meditación, iluminada por la Resurrección y ayudada por Pablo sobre todo, que las primeras generaciones cristianas hicieron del Antiguo Testamento.

Es fácil comprender la importancia que tuvieron entonces las «cristofanías» en la progresiva elaboración de la cristología ya en los primeros tiempos, es decir, desde los discursos de Pedro que narran los *Hechos de los Apóstoles* hasta el grandioso fresco que trazaron, poco a poco, las Epístolas atribuidas a Pablo. El desarrollo de estas perspectivas fue paralelo al alejamiento, hacia un futuro indeterminado, de la Parusía cuya inminencia parecían anunciar, al principio, estas apariciones. Puede ser que, por idénticas razones, la desaparición progresiva de los carismas iniciales invitase, además, a buscar un nuevo alimento para la fe y una nueva fuente para el fervor en estas mismas consideraciones cristológicas acerca de la trascendencia de Cristo, cuyo desarrollo llega hasta hablar de su «condición divina» y hasta asociarlo, de forma única, con la Creación. Se comprende, asimismo, que la prevalencia de esta orientación de las mentes y de los corazones –en gran medida fortalecida por la religiosidad espontánea del hombre a la que abría una nueva vía– comportara la mengua del interés que sin embargo había suscitado, al comienzo, la vida misma de Jesús. Todos estos factores explican cómo se difuminó rápidamente, para la mayoría de los convertidos, el recuerdo imborrable del Maestro conservado hasta entonces por los pocos discípulos que le fueron fieles hasta el final.

**T. S.** Según esto, usted no niega la importancia de la Resurrección en la predicación apostólica. Sin embargo, ¿no la subestima cuando escribe que «en cualquier caso, estas condiciones extraordi-

narias sólo pertenecen a lo contingente»?(<sup>3</sup>) Intuyo que, al hacer esta reserva, usted se fija en la imprecisión y en las contradicciones de los textos evangélicos en los que la Iglesia se basa para afirmar el carácter objetivo de la resurrección de Jesús y, por tanto, de la glorificación de Cristo.

**M.L.** Concedo, en efecto, muy poca importancia y me parecen a la vez ridículos y chocantes los esfuerzos bienintencionados de los «concordistas» por armonizar entre sí unos textos que no se prestan a ello demasiado. Como mínimo puede concluirse, a partir de los textos, que las «cristofanías» debieron de ser numerosas, tanto en Galilea como en Judea, y que sólo nos ha llegado noticia de algunas de ellas: indudablemente, las seleccionadas por las intenciones y preocupaciones, apologéticas y eclesiales, de los Evangelistas.

No obstante, aunque los relatos de lo acontecido tras la muerte de Jesús están lejos de presentar la coherencia relativa de los del cuerpo de los Sinópticos –que, por lo menos, toleran algunas cuestiones acerca de los diversos géneros literarios de sus diferentes pasajes–, es innegable que algo decisivo sucedió y que esto cambió la vida de los que lo vivieron: bajo el efecto de lo sucedido y a partir de lo que eran, se produjo, en lo más secreto de los discípulos, yo no sé qué especie de mutación vivida a la vez de forma pasiva y activa, individual y colectiva.

*El advenimiento en estos hombres de una vida completamente nueva de tanto como ésta se mostró de una potencia y fecundidad que nada de su pasado permitía ni siquiera entrever, asegura la historicidad de este acontecimiento.* La fe del cristiano que afirma que Jesús está vivo, que ha atravesado la muerte y que ha abierto un umbral de plenitud que es también «glorificación» y «divinización» encuentra, en esta consideración, difícil de negar, una de sus bases más firmes: más sólida

---

(<sup>3</sup>) *Meditación de un cristiano del siglo XX*, Salamanca, 1989 [París 1984], p. 106. [N. del Editor:] Esta frase, inserta en un párrafo que se citará más adelante (ver Nota 6), pertenece a una Meditación, titulada «El camino», que parte de la frase del *Evangelio de Juan*: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (14, 6).

que la realidad, difícil de precisar en sus manifestaciones, cuyos sujetos fueron algunas personas de aquellos tiempos remotos en los que las resurrecciones de muertos y las apariciones de fantasmas no eran ni inimaginables ni planteaban ninguna duda.

Lo que algunos vivieron de forma singularmente personal –dada la forma como debió de penetrar hasta lo más hondo de su ser– fue, sin lugar a dudas, algo totalmente indecible. Hablaron de ello como pudieron, según su capacidad de entonces de entrever y de comunicar a quienes se abrían a ello, y según las formas de decir, de imaginar y de pensar –y también de convencer– de la época. Ésta es la razón por la que considero contingentes las manifestaciones extraordinarias y excepcionales, recogidas de forma desordenada y confusa, sobre las que, sin embargo, otros fundan su fe.

**T. S.** Observo que el recorrido seguido por usted a propósito de la Resurrección es el mismo que el que también sigue en su meditación de otros misterios cristianos. Su asentimiento a lo que los apóstoles anunciaron acerca de Jesús resucitado se apoya en los frutos o en los efectos interiores que el acontecimiento del que se consideraron testigos produjo en su vida tras la muerte de Jesús. Pero evita pronunciarse acerca del carácter «objetivo» de dichas apariciones. No obstante, pienso que usted estará de acuerdo conmigo en que lo que pasó «al tercer día» fue necesario, de hecho, para que la fe de los discípulos en Jesús –después de haberle seguido durante los meses de su vida pública, unidos a él con perseverancia a pesar de todo lo que pudo tentarles a apartarse de su «maestro» y a abandonarlo– pudiera arrancar de verdad, tal como su predicación y su conducta pusieron de manifiesto.

**M.L.** Lo acepto como algo «de hecho» pero no «de derecho» porque esto último supondría dudar de que la misión de Jesús –inseparable de su ser, y de la que la muerte, como el último acto de su vida, formó parte– fue suficiente para hacer acceder al Reino, objeto de su predicación. Por decirlo de otra manera: aceptarlo «de iure» supondría pensar que la misión de Jesús fue incapaz de mostrar a los hombres la vía de su cumplimiento en Dios así como de ayudarlos a recorrerla.

Ahora bien, una vez dicho esto, *la Resurrección continúa teniendo un interés no menos capital para mí. Lo que pasa es que su interés es diferente, va en otra dirección.* La Resurrección es la manifestación de cuál fue la potencia del impacto que supusieron los pocos meses vividos con Jesús en quienes perseveraron hasta el final en seguirlo; un impacto en las profundidades, donde la fe nace y se arraiga para siempre sea cual sea el derrotero que ésta tome después en su explicitación. Lo que no ocurrió tras la muerte de Juan Bautista en sus discípulos, ni entre los de Sócrates tras la suya a pesar de que la vida y la muerte de ambos se acercan en muchos aspectos a las de Jesús, muestra hasta dónde llegó, de un modo tal vez único, la interpelación y la revelación obrada en lo más hondo de quienes fueron sus compañeros de aquellos meses. ¿No es esto, acaso, lo que escribí en la continuación del pasaje al que usted aludía? :

[Estas condiciones extraordinarias, que, en cualquier hipótesis, sólo pertenecen a lo contingente] permiten [...] vislumbrar la potencia excepcional de la influencia que Jesús ejerció en lo más hondo de sus discípulos por la singularidad única de su fe y de su fidelidad, de su ser y de su vida, indisolublemente unidas en y por el Acto que le constituyó. (4)

Y, ¿no es esto mismo lo que puede pasar, también hoy, en lo más hondo del hombre que entra en la inteligencia de la existencia humana de Jesús hasta el punto de hacerlo realmente presente y como su prójimo en su propia vida?

**T. S.** Así pues, la distinción entre «de hecho» y «de derecho», le parece verdaderamente importante, ¿no es así? Ciertamente, dicha distinción lleva a pensar que usted, aun reconociendo la importancia que tuvo la experiencia espiritual de Jesús resucitado para los discípulos, no concede a la Resurrección la importancia capital que se le suele dar en los medios cristianos. A propósito de las experiencias singulares que transformaron a los discípulos, usted escribe:

---

(4) *Meditación...*, p. 106 (ver Nota 3 y 8)

El creyente de fe, a través de las generaciones, sigue guardando con esmero el recuerdo precioso de estas experiencias pero no se aferra a lo que retuvieron de ellas los hombres que las experimentaron –dictado a cada uno de ellos conforme a su temperamento y a lo que había vivido con Jesús–, ni tampoco a las conclusiones que sacaron de ellas y que expusieron a todos según las maneras de pensar y de imaginar propias de la época. El creyente de fe en vías de convertirse en discípulo, ante estos acontecimientos que sabe que deben afirmarse como más propios de la fe que de los sentidos, se esfuerza por entrar en la inteligencia de la profundidad e intensidad extremas de la vida que los discípulos conocieron cuando su maestro estaba con ellos. (5)

**M. L.** Para legitimar, frente a la gran importancia que le reconozco a la Resurrección, *la importancia aún más capital* que le doy a la inteligencia de lo que Jesús vivió en fidelidad a su misión –él que, partiendo de la posición de un fariseo digno de sus antepasados, alcanzó, sin embargo, una libertad tal que pareció socavar entonces los fundamentos mismos de la tradición de Israel–, necesito precisar las nociones que me ayudan a decir con exactitud mi pensamiento.

A propósito de lo que aconteció tras la muerte de Jesús, se habla de «cristofanía» y de «aparición de Cristo resucitado». Estos dos términos, normalmente utilizados como sinónimos, si reparamos bien en ellos, se relacionan con dos formas de abordar la cuestión. Si utilizo el término de «cristofanía», estoy haciendo hincapié en el hecho de que *la persona que fue el sujeto de ésta vio a Jesús* después de su muerte. Cuando empleo, en cambio, el término de «aparición de Cristo resucitado», pongo el acento, de forma particular, en el hecho de que fue *Cristo quien se hizo visible*. Las dos perspectivas no son del todo equivalentes. La segunda denominación es una consecuencia extraída por la persona que ha visto algo a propósito de este algo que ha visto. A partir de la sensación de lo que ha visto, concluye que se trata de *algo visible como cualquier otro objeto*, de manera que cualquier

---

(5) *Meditación...*, p. 34.

otra persona que se hallara presente y con los ojos abiertos, habría tenido una sensación parecida y habría afirmado lo mismo.

No puedo dudar de la sinceridad de quienes fueron protagonistas, sin duda estupefactos y aterrorizados, de las primeras cristofanías, al menos de las que fueron independientes entre sí antes de que hubiese una atención consciente debida a la eventualidad de un acontecimiento semejante. No, no puedo dudar de su sinceridad habida cuenta de que estas personas se contaban, según los Evangelios, entre los discípulos de Jesús que, habiendo sido llamados y elegidos por él, fueron fieles en su seguimiento hasta el final a pesar de todo lo que les llevaba a abandonarle como muchos otros hicieron. Apoyado en sus testimonios recogidos en las Escrituras, estoy seguro de que muchas cristofanías –si no todas– son acontecimientos históricos, y no ficciones narrativas, aun cuando tengo mis reservas sobre determinados modos de contar propios de una tradición que fue oral antes que escrita, y aun cuando debo sospechar tanto de algunas glosas eventuales como de ciertas fabulaciones, bastante probables.

Me siento con más fundamento para dudar, en cambio, acerca de la validez de las conclusiones que estos discípulos extrajeron espontáneamente, sin más, de dichas cristofanías, de las que fueron no los agentes –obviamente– sino los sujetos. Me refiero a cuando llegan a afirmar la visibilidad óptica, común a todo objeto, de aquello que «vieron». Pablo parece plantearse esta cuestión, acerca de las cristofanías de las que fue beneficiario, en una de sus cartas a los Corintios, con ocasión de una polémica sobre su autoridad como apóstol, cuando dice: *Si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé* <sup>(6)</sup>. No hay duda de que las cristofanías atañen, al menos en parte, a las ciencias humanas pues, aun cuando no son totalmente explicables por ellas, no dejan de tener relación con el temperamento y la historia íntima de cada uno de los que fueron sus sujetos en las condiciones en que se encontraban; condiciones por otra parte excepcionales hasta el punto de ser únicas.

---

<sup>(6)</sup> *II Corintios*, 12, 2b.

Poner en cuestión la deducción que permitió antaño pasar de la cristofanía a la visibilidad óptica de Cristo resucitado no afecta en nada a la fe del cristiano que cree en Jesús que «vive» y que ya nunca conocerá la muerte. Esta puesta en cuestión no pone en duda el hecho histórico de la cristofanía como tal, que jugó el papel de signo susceptible de provocar indirectamente la fe. Pero la fe no puede fundarse únicamente en la simple constatación de un hecho que se impone a todos por igual, independientemente del ser de cada uno, aunque este hecho fuese extraordinario e inexplicable (sea la tumba vacía –si existió y se encontró así– o sean las apariciones).

La fe, aunque para su nacimiento –sin que ello signifique una necesidad– puede recibir una ayuda de tales condiciones, favorables por extraordinarias, siempre supone, además, la intervención de una actividad, totalmente personal y de toda la persona, por la que dicha fe pasa a hacer su morada en el hombre. «Dichosos los que creyeron sin haber visto» fue algo que se escribió después de haberse compuesto la mayoría de los relatos, muy detallados y concretamente visibles, de las apariciones (7). Por eso uno se ve conducido a pensar que las cristofanías únicamente confirmaron, pero no fundaron, la fe de aquellos discípulos de las primeras horas que las experimentaron; o, al menos, que las cristofanías reactivaron un movimiento de veneración hacia Jesús que ya procedía de la fe antes de que ésta fuera nombrada; lo cual, ciertamente, no impide reconocer que las cristofanías dieron, a esta fe, la ocasión, sin duda indispensable, de emerger con claridad en la conciencia de los discípulos que las vivieron.

Sin duda, la misión de Jesús y el ser mismo de éste –que tan eran una misma cosa– no pudieron ser comprendidos, en toda su originalidad, amplitud y universalidad, por sus discípulos en aquel momento. ¿Quién osaría pensar que hoy sí que lo son? En consecuencia, ¿no debemos aceptar que las cristofanías –como todo signo– pueden también inducir en la tentación de malinterpretarlas a

---

(7) *Juan*, 20, 29.



cualquiera que no esté convenientemente preparado para responder bien a ellas? ¿No es esto lo que, según las propias Escrituras, ocurrió frecuentemente con los milagros? Ocorre lo mismo con las cristofanías: si uno no ha entrado todavía en una inteligencia suficiente de lo que Jesús vivió humanamente, puede aferrarse demasiado exclusivamente –como ocurrió con los milagros– a lo que la visibilidad de Cristo resucitado presenta de extraordinario. Y tanto más cuanto que –para decir lo que pasó entonces y para atestiguar la verdad de lo acontecido ante quienes dudaban de ello– los discípulos se vieron conducidos, poco a poco –tal como se ve en los textos si se leen en el orden cronológico de su redacción–, a materializar, cada vez más, lo que habían vivido en un arrobamiento sagrado antes de pasar a vivirlo en una alegría plenaria.

Difícilmente pueden sacarse conclusiones firmes de unos textos que tienen la plasticidad de lo maravilloso. Sin embargo, en cualquier caso, ¿no habría que reconocer que, de forma muy general, la insistencia que se pone en centrar la fe en la Resurrección lleva a los cristianos –si es que no los desvía por completo de ello– a no esforzarse por «ver» lo que Jesús vivió con fidelidad durante toda su vida hasta verse elevado a una glorificación divina a través de su muerte de hombre?

**T. S.** Comprendo su forma de pensar lo acaecido tras la muerte de Jesús y ello me explica, además, determinados pasajes de su libro, en que usted parece mostrar una cierta desenvoltura ante algunos textos venerables a los que su espíritu crítico dirige una mirada no sólo piadosa o cándida:

Las condiciones extraordinarias en las que se transformó y se concretó su forma de «ver» el acontecimiento que les había derribado en tierra no deben distraernos de lo esencial pues estas condiciones, más que tener un sentido y un alcance obvios, son un signo. ¿Qué importa, si ciertas circunstancias fueron, tal vez, imaginadas por los redactores al buscar la forma de expresar la experiencia espiritual única cuyo fruto fue la conversión del corazón y de la mirada de los discípulos? En cualquier hipótesis,

estas condiciones extraordinarias sólo pertenecen a lo contingente. Pero, en cambio, permiten vislumbrar la potencia excepcional de la influencia que Jesús ejerció, en lo más hondo de sus discípulos, por la singularidad única tanto de su fe y de su fidelidad como de su ser y de su vida, indisolublemente unidas en y por el Acto que le constituyó. <sup>(8)</sup>

Y también:

En el relato de las Escrituras sobre los dos discípulos que, inmediatamente después de la muerte de Jesús, viniendo de Jerusalén, iban a la aldea de Emaús, la lectura que atribuye una realidad física al tercer personaje introducido el texto no es más que la interpretación errónea de un artificio redaccional que procede del uso simbólico de lo personal, normal en el Antiguo Testamento <sup>(9)</sup>. Sea como fuere, aferrarse a una presencia corporal que habrían percibido los sentidos de los discípulos, los cuales –cosa que parece inverosímil– no habrían reconocido, en este interlocutor ocasional, a aquél al que tan a menudo habían frecuentado y del que sólo se habían separado unas pocas horas antes, distrae y desvía a la mente de lo esencial que emana de dicho texto. <sup>(10)</sup>

Su preferencia por el término de «cristofanía» más que por el de «Resurrección», aunque no parece afectar en nada a la fe cristiana sobre este tema central, me lleva a preguntarme qué importancia le da usted a la resurrección del cuerpo de Jesús: el cuerpo recibido de María, su Madre, y que –como dice Pablo– pasó de la corruptibilidad a la incorruptibilidad, tal como algunos insisten en precisar de forma un tanto innecesaria.

**M. L.** Tiene usted razón, y yo hacía alusión a esta cuestión, de forma particular, cuando decía que se podía hacer un mal uso de las cristofanías al dejarse fascinar por una afirmación sobre el cuerpo de Jesús impuesta, al parecer, por la expresión de «aparición» aplicada al

---

<sup>(8)</sup> *Meditación...*, p. 106 (ver Nota 1).

<sup>(9)</sup> Como, por ejemplo, la intervención de un ángel.

<sup>(10)</sup> *Meditación...*, p. 284–285.

«Cristo resucitado». Esta afirmación debería permanecer en segundo plano aun cuando fuese útil, en la práctica, para sostener la fe durante el comienzo de su formulación, pues dicha formulación debe irse revisando sin cesar para responder, cada vez mejor, a una fe que busca expresarse en armonía con las exigencias crecientes, propias de la honestidad intelectual y de la autenticidad de la vida: ambas, actitudes intrínsecas a la fe, que se van despertando a medida que desaparecen las autodefensas protectoras hechas de evidencias indebidas.

En este sentido, señalaría que el empleo del término «resurrección» presenta el grave inconveniente de inducir a pensar en la resurrección de un cadáver, lo cual no es cierto ni en la doctrina más tradicional, aunque es fácil constatar cómo esta opinión, sin duda de las más antiguas, todavía está ampliamente extendida entre el pueblo cristiano que alimenta con ella su sensibilidad cuando piensa en sus seres queridos ya fallecidos. Incluso entre las personas más espirituales, la donación de los propios restos, para trasplantar algunos de sus órganos a quien lo necesite, no deja de comportar un cierto encogimiento del corazón. Por eso prefiero la expresión de «Cristo glorificado» a la de «Cristo resucitado», tal como el Cuarto Evangelio pone en labios de Jesús en la última cena.

La resurrección de la «carne» según el Concilio de Nicea y la profesión de fe que salió de él, así como la «resurrección del cuerpo» según Pablo, son dos formas sinónimas de hablar cuya conjunción no aporta mayor luz ni precisión. Aparte de los interrogantes que el término de «carne» puede plantear hoy a la ciencia, Pablo tiene algunas frases, al hablar del cuerpo y de sus diferentes clases, que dejan completamente insatisfecho al lector <sup>(1)</sup>. Por otra parte, en esta misma carta, ¿no afirma Pablo que «los alimentos son para el vientre y el vientre para los alimentos» y que Dios destruirá a ambos mientras que «el cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo» <sup>(2)</sup>? ¡No es nada claro todo esto!

---

<sup>(1)</sup> *I Corintios*, 15, 37-49.

<sup>(2)</sup> *I Corintios*, 6, 13.

Sin embargo, uno presente que, bajo este lenguaje titubeante, hay algo muy importante que intenta expresarse sin acabar de conseguirlo. Pablo era fariseo y la resurrección era una cuestión que suscitaba fuertes controversias entre fariseos y saduceos, tal como recogen algunas de las polémicas que Jesús mantuvo con sus adversarios, en las que logró enfrentar a unos con otros. Sin duda, el pensamiento de Pablo sobre este tema se desarrolló de forma considerable tras las cristofanías de las que él mismo fue el sujeto, y que eran como el anuncio y la prefiguración del cumplimiento posible del hombre.

En este terreno, en definitiva, ¿no es preferible confesar una ignorancia de estructura que sólo la fe trasciende –muda en su afirmación, ciega en su mira, pero viva en su movimiento propio– tras haberse originado y crecido en los esponsales secretos entre el hombre y Dios, en que éste se ofrece y llama por lo que él es, y aquél acoge y se da para ser? Ahora bien, a pesar de esto, en nuestra historia humana, ¿acaso no puede captarse algún adelanto de esta «resurrección» que abre a la «vida eterna» cuando, bajo el influjo creador, llegamos a ver esta historia nuestra con una mirada nueva? ¿Cómo puede ser que cada uno, en la medida en que su vida ha sido suficientemente guiada por la fe y la fidelidad, se descubra unificado y único a pesar de partir del barro común de las condiciones en las que tenemos que vivir, diversas más allá de toda medida? ¡Misterio de nuestro destino! ¿No se anuncia en él lo que permanecerá de nosotros para siempre cuando desaparezca todo lo que sólo es nuestro y sólo permanezca todo lo que es de Dios y habremos acogido?

Si hay un lenguaje capaz de aproximarse a lo inexpresable, ¿no es, acaso, la expresión poética captada en su realidad propia, lo cual supone que canta en nosotros la esperanza fundamental que ninguna esperanza particular puede colmar ni ninguna desesperanza destruir? He aquí un poema cuyo alto vuelo se inspira por completo en esta esperanza fundamental de tanto como ella forma una unidad con el autor que ha hecho una confesión de ella al crearlo.

*Altísimo amor,  
si acaso yo muriera  
sin haber sabido por qué te poseía,  
en qué sol estaba tu morada,  
en qué pasado, tu tiempo,  
en qué momento yo te amaba,*

*Altísimo amor, que sobrepasas la memoria,  
fuego sin hogar donde transcurren mis días,  
en qué destino trazabas tú mi historia,  
en qué sueño se veía toda tu gloria,  
Oh mi reposo.*

*Cuando yo me haya perdido para mí misma,  
y dividido infinitamente en el abismo infinito;  
cuando ya esté vencida,  
cuando el presente del que estoy revestida  
me haya traicionado,*

*Por el universo, en mil cuerpos quebrada,  
de mil instantes no reunidos todavía,  
de ceniza a los cielos, hasta la nada cribada,  
Tú reharás, para una cosecha extraña,  
un sólo tesoro.*

*Tú reharás mi nombre y mi figura  
a partir de mil cuerpos llevados por el día,  
¡oh viva unidad sin nombre y sin rostro!  
¡oh corazón del espíritu, oh centro del espejismo,  
Altísimo amor! (13)*

---

(13) Ver: *Plegarias de hombre*, Madrid, AML, 2001, p. 55-57. En los últimos años, Légaut hizo de este poema («Obertura para una poética del cuerpo», *Poèmes*, Cathérine Pozzi, París, 1959) una de sus plegarias.